

## Disección de la bruma

Somos hormigas revueltas en un huracán, nada más. Gente extrañada de sí misma en un mundo que no puede ya enmascarar su desolación y sus sinsentidos. Entre el deseo de control y la pulsión por la rebeldía, generalmente divagamos en trenes que no van a ningún lugar concreto, aunque se den pausas en estaciones de nombres rimbombantes y más tarde o más temprano arriben a una que marca el fin. Una estación final, oscura o luminosa, es tan solo el preámbulo de un nuevo comienzo: otro trayecto para soñar con el control sobre otros, o al menos sobre uno mismo; o para diseñar planes de fuga.

En cada uno de sus relatos, Antonio Díaz Oliva aplica un bisturí que disecciona la ilusión de la identidad y la autenticidad de la gente un poco dañada —y de la que no se cree dañada— que discurre por ciudades, restaurantes, universidades y vagones de metro con nombres específicos; por hoteles, aviones, apartamentos y urbes que no se nombran pero que podemos respirar como propios; unas y otros ocupados por rutinas donde hasta las rebeldías tienen sello de fábrica; ciudades y gentes atosigadas por una soledad que cada cual intenta conjurar, sea apertrechándose en las cartas a una madre lejana, en una comunidad utópica de hippies, en un círculo tribal que pretende volver a los orígenes, en el control de otros como marionetas, o en el suicidio. ¿Cómo se puede ser original cuando ya todo está hecho, dicho, escrito, descrito, diseccionado? Como un aullido, esa pregunta atraviesa los diferentes relatos de este libro.

La atmósfera de irrealidad y bruma que envuelve a los personajes no desdibuja el filo helado que traza sus preguntas, el

lente con el que buscan alguna permanencia, o trascendencia. «La señora Gonçalves» y la cámara de su teléfono, que en momentos recuerda al James Stewart de *La ventana indiscreta*, en su intento de expandir su vida capturando los momentos auténticos de sus vecinos, va desmadejando una serie de historias mínimas que nos hiela: «llega ese momento en que se aprecia cómo la gente realmente es. Aquel momento de transparencia en que no estamos pendientes de los demás, cuando nos liberamos de la atención de los demás, cuando bajamos la guardia y nos mostramos tal como somos». En esos edificios de infinitos apartamentos, el relato nos devela que vivimos como ese gato himalayo, hibernando solos entre grandes almohadones, entretenidos persiguiendo ratones de plástico, aguardando a que un conserje abra la puerta para alcanzarnos nuestra ración de leche y galletas. Gatos o humanos que rezan o intentan cumplir con una rutina de juegos, oficinas, reflexiones, evasiones y cerveza: ese cuchillo helado va perfilando que todo lo que nos rodea está apenas sostenido por alfileres y más temprano que tarde desaparecerá. Sin tregua.

Personajes perdidos en las tormentas urbanas, distópicas o contemporáneas, con profesiones y ocupaciones insólitas, cincelan las hendiduras de las soledades camufladas en los animalitos que encienden las fantasías de un porro, o en esas luces de neón que ya no alumbran nada, aun cuando enuncien que aquí todos somos felices: *Happy Every Body*. En esas hendiduras vaga el detective de suicidios de «Requiem generacional»: «A veces sucede: se piensa en la persona que uno fue en otro tiempo, y hasta se busca comprenderla, pero lo único que la memoria desentierra es el recuerdo de un extraño. La silueta de un extraño». Y así prosigue, reconstruyendo los pasajes finales de los jóvenes suicidas para completar su mapa

inconcluso para quienes los quisieron, y, al mismo tiempo, revelando el hálito que puede dar a unas vidas vaciadas de emociones y sentidos el suicidio de un ser íntimo. Suicidas, sobrevivientes, buscadores de sentidos: «en cada esquina había alguien en un estado peor que el mío, algún solitario o solitaria que me ayudaba a relativizar mis cuestionamientos».

Con un lenguaje donde el humor y la ironía irrumpen de manera sutil, nos vemos atravesando urbes extravagantes del futuro hasta darnos cuenta que ya son el presente. Y así seguimos atravesando «La ciudad ya escrita», paladeando las letras que recorren sus rieles, queriendo sentirnos únicos, a pesar de todo, en medio de su tormenta y de su bruma uniformizadora: «Te aburres de ti mismo, de tu rabia gratuita, y como siempre, cuando estás en un grupo de gente, no sabes qué decir. O no quieres saber qué decir. Mejor callar hasta que tu silencio te vuelva invisible. Sacas tu teléfono. Escribes mensajes inexistentes». ¿Cómo no verse en este espejo? En efecto: «Te aburres de ti mismo, de tu rabia gratuita». Hay cierto placer al vernos descifrados en esas palabras; también inquietud: ¿Leer un espejo consigue salvarnos de aquello que nos refleja?

La literatura es también una tierra de huracanes y acaso los remansos emergen cuando descubrimos voces que nos inquietan, incluso perturban. De alguna manera escapan del remolino envolvente y dibujan señales entre el polvo y el vendaval. Tal vez no entendamos qué dicen, pero atisbamos a ver sus signos de huida, o de interrogación. No es sencillo escapar de las atmósferas envolventes de nuestras literaturas nacionales, continentales, contemporáneas, posmodernas. Como no es sencillo escapar de las sagradas familias y marcas tribales que nos dan signos de identidad o autenticidad. «[C]uando pienso que tampoco estábamos tan mal; adentro teníamos

comida, casa y un refugio espiritual, los tres elementos que todo ser humano necesita», leemos en «La experiencia formativa». ¿Cómo evadirse de las dulces trampas de la tribu escapistista y de la casa íntima?

Múltiples maneras de ejercer el control, de poner a la gente dañada bajo tutela, regla o categorización. Reglamentos, normas, clasificaciones, premios, sanciones. Sutiles, descaradas. Las más de las veces pequeñas palmadas (y autopalmas). Lo vemos a diario, lo asumimos sin darnos cuenta, somos algoritmos, podemos creernos inventores, creadores, rebeldes, inconformistas, y al final, podemos estar del lado de quien controla, investiga, juzga, clasifica; o de los que casi-casi son *algo*. Perturbadora esa «Carta a mi mamá»: «A través de un nuevo tipo de escritura que mezcla creatividad y autoconocimiento, decía el documento, ayudamos a los Casi Casi del mundo». *Ayudamos*. Cuánto desamparo en esa palabra. Cuánto deseo frustrado de sentido, solo digerible con el humor: «ayer tuvimos un (des)aire con la profesora Comprometida. Estábamos en medio de una clase sobre cómo escribir del imperialismo a partir de nuestra posición de segundones. Ella discursaba, como siempre, sin tomarse la molestia de notar que los Casi Casi estábamos distraídos».

Llegamos al final del libro, «Un mundo de cosas frías». Esas identidades híbridas, ya nada distópicas, divagando entre la perfección de los maniqués y el sentido de la lluvia que nos sostiene como humanos. Hay que adentrarse en este libro con la disposición a hacerse muchas preguntas, a dejarse perturbar, y a guardar silencios en medio de los ruidos, las guerras y los huracanes que nos asedian.

Karina Pacheco Medrano  
*Cusco, 3 de marzo de 2022*